



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14205

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

MIÉRCOLES 7 DE ABRIL DE 1909

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos postales en París: Mr. A. Loratté, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 51, Faubourg-Montmartre.

Para EL ECO DE CARTAGENA

El día santo

De todas las festividades que la cristiandad celebra, ninguna como la del día de mañana inspira mayor fervor y recogimiento.

Es el Jueves Santo, llamado por los griegos y los demás pueblos del Oriente el «día de los misterios», una hermosa transición, una dulce armonía de la institución eucarística con la pasión del Redentor. El pan de vida, el pan de los fuertes; la bebida que nos legara el Dios vivo, consagróse precisamente cuando estaban contadas las horas en que había de perecer el consagrante, Dios hecho hombre para remitir el mundo.

Para cuantos saben comprender las solemnidades del culto católico, lo que más atrae y de esta es precisamente ese admirable consorcio en que se enlaza lo divino con lo humano. No hay misterio que no tenga su razón de ser en la economía social. Se juntan agrandamente el Dios que provee á las necesidades de los pueblos y el Dios que se sublima en el altar. Dios exige adoración porque es la misma verdad y el dispensador de todos los bienes. Dios se hizo hombre, no solo para hacer patente su existencia, sino para encaminarnos, para impotentes su santa ley, para someternos á la disciplina del buen obrar.

Por esto dice fray Luis de León que Cristo es el árbol de la vida y el árbol para cuyo nacimiento feliz fueron todas criadas y enderezadas. «Porque así como en el árbol la raíz no se hizo para sí, ni menos el tronco, que nace y se sustenta sobre ella, sino lo uno y lo otro juntamente con las ramas y la flor, y la hoja y todo lo demás que el árbol produce, se ordena y endereza para el fruto que de él sale, que es el fin y como remate suyo; así lo hizo todo Dios para fin de hacer hombre á su Hijo y para producir á luz este único y divino fruto, que es Cristo, que con verdad podemos llamar el parto común y general de todas las cosas».

Del propio modo la Iglesia en el Jueves Santo pasa del esplendor de la vida al quejido de la muerte; prepara y combina la meditación de la pasión sacratísima de Jesús con la contemplación de las grandezas del augustísimo Sacramento de la Eucaristía. Todo el amor que este merece ha de contrastarse con el dolor á que ha de mover la muerte del que lo instituyó. Y en esta actuación del espíritu, en presencia de las huellas que dejó Jesús sobre la tierra, ha de verse equilibrado por su amor incomprensible á todo entendimiento vulgar; la humildad admirable en el lavatorio de los pies; la oración misteriosa, que fue como la primera obediencia; la agonía sangrienta en el huerto de los Olivos, que fue el preludio de la pasión y la prisión voluntaria, que fue su primera escena.

Los fieles en este día santo se sienten dominados por una fuerza interior y superior que les lleva á visitar los Sagrarios, donde encuentran medios de satisfacer las ansias de su corazón contemplando y venerando los misterios que comprende la pasión y muerte de Jesús abismándose antes en el augustísimo acto de la cena con los apóstoles. Se requiere una voluntad y una temeridad inconcebibles para resistirse á esa corriente general, á esa impulsión natural, que pone á las almas en comunicación con las sublimidades divinas. La imaginación, herida por el sentimiento, va en procesión por el huerto de los Olivos, por las calles de Jerusalén, por las casas de Caifás, Pilatos y He-

rodes y termina en el Calvario, donde parece que una voz perenne canta: «Ecce lignum Crucis, in quo salus mundi pependit!»

San Pablo confirma de modo admirable este enlace de la institución del Sacramento de la Eucaristía con la pasión y muerte de Jesús. Tened presente, decía á los Corintios, que cuantas veces comiereis de este pan y bebiereis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que él venga. El sacrificio inefluente de Jesucristo en los altares despierta en la memoria el sacrificio sangriento del propio Jesucristo en el Calvario. Por las palabras, «hasta que él venga», quiere decir San Pablo que el Sacramento del altar durará hasta el fin del mundo, y si llama siempre el cuerpo de Jesucristo pan, es porque el Salvador se ha llamado á sí mismo pan vivo y pan de vida. «Yo soy el pan vivo» (Juan VI). El que come este pan vivirá eternamente.

Mañana es el día santo en que, según aquel hermoso himno que compuso San Teodosio, resplandece el misterio de la Cruz, en la cual padeció muerte la Vida y dió al hombre la vida con su muerte. Reflexionemos y adoremos esa Cruz.

«O Cruz, ave, spes única!

CLAUDIO OMAR Y BARRERA.

El Miserere

No hay música como la religiosa: llega hasta el alma, conmueve el espíritu, y le invita poderosamente á la meditación y al recogimiento.

Por la sublimidad de su letra se distinguen entre todas las composiciones que tienen así un carácter místico, el «Miserere».

Es el grito de misericordia, que á Dios eleva el alma pecadora, á la vista de sus iniquidades y á la contemplación de las clemencias del Altísimo. Lo escribió David, entre lágrimas y suspiros, recordando su pecado y temiendo presente su crimen; y la humanidad, lo ha repetido siempre, que la meditación de las ofensas hacia su Dios, le ha hecho necesario impetrar que se detenga el brazo de su justicia.

El «Miserere» es la estrofa eterna que la fragilidad del hombre ha entonado siempre, en todos sus apuros y en todos sus extravíos. Esclavo de la culpa, rey del vicio, dominado por sus pasiones, llega un momento en que vuelve la vista á su Creador y con la cabeza en tierra y los ojos anegados en lágrimas dice como el adorador de Betabe: «Miserere!»

«Misericordia, Señor, pequé contra ti y caminé durante mi vida por la senda del mal. Rocíame con tu divina gracia y líbrame, porque tú eres mi salud, de las acechanzas y ardidés de aquellos que quieren perderme.»

«Puede darse súplica, ni más terrorosa, ni más sentida, ni más leal, ni más espontánea que ésta, que, dicha casi allá en los albores del mundo, ha tenido el raro privilegio de perpetuarse en los siglos y en las generaciones.»

Los más famosos maestros del arte musical, se han inspirado en esta plegaria, y con ella han escrito páginas de verdadero mérito que siempre parecen nuevas y siempre se escuchan con indecible agrado.

Hay, y puede decirse sin incurrir en exageración de ningún género, dos cánticos en la liturgia católica, que contienen infinito germen de areba-

tadora poesía. Es el uno, el himno de las dichas, de las acciones de gracias y de los triunfos. Es el otro el salmo de las tristezas y de las calamidades, de las penitencias y de las súplicas; el «Te Deum» y el «Miserere»: ambas concepciones gigantescas, de espíritus inspirados que supieron tocar las fibras del sentimiento universal lo mismo para cantar las alabanzas de la diestra del Señor, que para llorar las culpas cometidas proclamando su infinita misericordia.—W.

INICIATIVAS

El festival de la poesía

La posibilidad venturosa de que al fin cuaje la feliz iniciativa de celebrar en Valencia, la ciudad de las flores, con motivo de su grandiosa Exposición regional que se inauguraré en Mayo, un festival de la Poesía española, ha hecho despertar de su letargo á los adormecidos vates incipientes, que á la hora, de ahora, con los ojos clavados en el techo y el mango de la pluma apoyado en el lapic superior invocan á las musas para que les oplen ó inspiren sus más armoniosas rimas.

De poeta, músico y loco, todos, como dice el refrán, tenemos un poco; y el ratón valenciano, el clásico «trapenat» se les ha entrado por las narices y por todos los quicios, á los trovadores del interior, y del Noroeste que desean dar gallardas muestras de la actividad de sus respectivos estros.

Hacer versos en España es tarea que no está vedada á nadie. Más ó menos inspirados, todos chicos y grandes, los han hecho alguna vez en su vida; pero hacer poesía, ya es, como suele decirse, harina de otro costal, y en esto, como en todo cada cual, es hijo de sus obras.

A veces, la mayor poesía es la menos correcta de frase, porque el sentir y el pensar suelen estar de espaldas. El que piensa mucho siente poco, y viceversa, aparte de que no hay que olvidar las condiciones y circunstancias que el insigne Cervantes, señala-

ba como indispensables «para que las musas más estériles se muestren fecundas.»

«La poesía. Ahí es un grapo de anís. Coplas malas, «berzas» en vez de verso, cualquiera los hace; pero música del lenguaje, encaje de palabras, filigrana de fonéticas, maravilla de dicción, eso sólo está reservado á los genios.»

Nada más natural é inocente que en este terreno se hagan ilusiones á algunos intelectuales de la más baja estofa. ¿Qué mal hay en ello? Ninguno. El verdadero genio es como el valor individual que no se sabe donde está, ni se manifiesta sino en las ocasiones solemnes, en las batallas gigantescas.

Y ¿qué solemnidad mayor ni lucha intelectual de más amplitud que el festival de la poesía que va á organizarse en Valencia? ¡Vayan, vayan á él los inspirados, los soñadores, los altos y los pequeños, que siempre quedará algo provechoso de sus quebraderos de cabeza; y sobre todo demuéstrese que no sólo la prosa y el positivismo nos invaden y absorben, sino algo también que está por encima de los intereses materiales y de los convencionalismos exclusivistas.

ABEL IMART

REDENCION

Cuadro triste que no baña
Ni un débil rayo de luz;
Sombras nublan la montaña;
En ella un pueblo con saña,
Hijo, madre y una cruz.

Abajo, el pueblo rugiendo,
Arriba, el hijo expirando.
La madre, el dolor vaciando.
Y aquella cruz, sosteniendo
Al que están crucificando.

El pueblo, gente judía.
Dios, su víctima inocente.
La pobre madre, María.
La Cruz, fuente de agonía
Y de nueva vida fuente.

Hijo y madre en el Calvario
Están sufriendo los dos

LA REINA TOPACIO 311

—¡Oh, D. Alonso, D. Alonso exolamó D. Carlos saliendo por un momento de la tranquila y fría serenidad en que se encerraba; ¿sabéis que es la muerte de vuestro hijo como la que me pedís?

—No sé, señor, con qué pena se castiga en España semejante crimen; pero no teniendo ejemplo anterior este crimen, probablemente no tendrá imitadores. ¡Pero ved lo que digo! ¡oh rey! Faltando al mandamiento sagrado, que es el primero después de los de la Iglesia, mi hijo don Fernando se ha atrevido á poner la mano en mi rostro; y como no puedo yo mismo vengarme del crimen, me quejo del criminal; y si me negáis justicia, señor, echad la menaza que hace á su rey un padre ultrajado; si me negáis justicia apelaré de D. Carlos á Dios.

Y levantándose:

—Señor dijo, me habéis oído; á vos os toca ahora el asunto

Y se retiró signiendo el camino que le abrió la concurrencia muda, desentendiéndose é inclinándose todos al paso de aquel padre ultrajado.

Mercedés, al ver que D. Alonso pasaba delante de ella sin mirarla y sin dirigirla la palabra, se desmayó en los brazos de doña Flor.

Don Carlos lanzó una de esas miradas oblicuas que le eran particulares al grupo de los esfigidos,

LA REINA TOPACIO 314

XXVI

ARROYO Y TORRENTE

Hay existencia, predijeron: las aguas corren con la majestad y lentitud de esos vastos ríos semejantes al Mississippi y al Amazonas, recorren millas de llanos desde un origen al mar, y cuando vastas naves como ciudades, cargadas de una cantidad de pasajeros que parecen arborescentes para poblar una colonia.

Las otras, que tienen su origen en las montañas, se precipitan en cascadas, con enjambres, saltos y torrencias, y después de una carrera de días á guisa de cascadas, se precipitan á saltos, riachuelos, á algún río ó lago, que con las aguas

